EL ARTE DE LA VIDA

jorcam

Capítulo 1

Saber envejecer es la obra maestra de la vida, y una de las cosas más difíciles en el arte dificilísimo de la vida. –Amiel

Seguro que a los casi cien años, la memoria nos tiene que ser infiel, pensé; después de una acogedora charla con un hombre que a sus casi noventa y ocho años, me llevaba muchas historias por delante y demasiadas canas pintadas de gloria, como para dejar de escucharlo sin atención.

No así nuestro acompañante, un joven de la generación Z, que con la mirada clavada en su celular; no dejaba de apretar las teclas, incesante, sin pestañeo alguno. Creí que estaba desconectado por completo de este mundo, sin escucharnos; pero a las historias de antaño que creía yo le eran ajenas, respondía con un "Jummm" y después de desconectarse por medio segundo de su pantalla, nos miraba, como extrañado por lo que oía.¡ No entiendo cómo se puede navegar entre dos mares!

La casa es de bahareque, como muchas casas de nuestro campesinado, pintada de azul claro. Las tejas de barro y los pisos de tabla, también a ella se le veía el paso implacable de los años. Al lado un enorme palo de mangos que invitaba a comerse algunos, pues su amarillez dejaba ver lo dulce y se unía en perfecta armonía con el sol, a punto de acostarse en las montañas de la cordillera oriental del Valle del Cauca.

Raúl Herrera es campesino de pura cepa tolimense, pero aquí en el Valle lo alcanzaron las canas hace muchos años, al igual que a su esposa Lida; una preciosa anciana de ochenta y cuatro años, de voz tenue, con la mirada de un ángel, sus cabellos como las nubes que decoraban ese atardecer valluno y de caminar lento, pero firme.

Mientras lo escuchaba hablar, mi retina retrató el momento: Un anciano con sombrero fedora hecho de fieltro, que más que un lujo se ha hecho una costumbre, adornado de una cinta negra y canas de oro; camisa manga corta a cuadros, que matiza sus arrugas y en las cuales se cuentan mil crónicas. Pantalón caqui, botas de caucho; la correa sostenía la funda del machete; reposado como el perro que dormía a sus pies, fiel compañero.

Creo que era la mejor portada para ese libro, porque cada vez que escucho a alguien, me siento a leer una obra de arte, sea cual sea el autor, no importando su portada. Escuchar a estos héroes de la vida, es ojear una enciclopedia de muchos tomos. Es una lástima, pero leerla toda

es casi que imposible, pues como siempre tengo prisa.

—Como le parece… Que el presidente Jorge Abadía Méndez trajo el primer avión a Colombia y lo llamaban hidroavión, sí señor. Mi mamá, que en paz descanse; me dijo que el mundo se iba a acabar, dizque por que el hombre… El día que volara, era porque el mundo ya se iba a acabar, así es. Yo estaba muy asustao y como le parece que ese señor Jorge Abadía de tanto volar en ese aparato se mató en un accidente, sí señor, se mató.

— ¡Como así…!— contesté, mientras escribía ese nombre: Jorge Abadía Méndez.

¡Que veloces son los pensamientos! pues mientras lo escuchaba y miraba, del subconsciente sonó la canción de la muerte. Mi abuela tenía una cantina y desde la segunda planta, alcanzaba a oírla:

"Es que me da pena empezar

A ser viejo y pensar que la muerte

Muy pronto me ha de llegar…

Y es que por las noches me siento morir"

Ese recuerdo se hizo tan vivo, que pude verme de niño tirado en la cama, con los ojos bien abiertos; los dedos en la boca y pensando "que nunca quería ser viejo…porque ellos se mueren". Al momento se despertó el perro negro con blanco y blanco con pulgas, haciendo un brusco movimiento para rascarse.

La hermosura vestida de anciana nos llamó—Vengan al comedor a tomarse un cafecito… — Música para mis oídos, aroma para los recuerdos, sabor para enmarcar. Nos sentamos y el olor a café se mezcló con el paisaje; lo dulce con las risas, las historias de antaño con el asombro, e hicieron un concierto.

Mientras tomábamos café, lo miraba. Al muchacho que con sus diez y ocho años, se hacía el más joven de todos en las mesa. Recordé que cuando él era niño, creo que solo tenía unos cuatro años, y en cierta oportunidad me ayudaba a pintar la casa donde vivíamos. De un momento a otro, salió gritando y me abrazó una de las piernas, pensé que algo lo había picado— ¿Qué pasó, que pasó?—pregunté, mirándole la cara de angustia y las manos temblorosas.—Papi me voy a morir... — ¿Por qué? ¿Qué pasa? — Me voy a morir porque me estoy poniendo viejito. Míreme las manos, están todas arrugadas, me voy a morir…— Lo dijo llorando como si de verdad se fuera a morir en ese mismo instante.

Las manos se le habían remojado tanto que se arrugaron y terminé riendo, explicándole a mi hijo que él era un niño, que aquello era normal y nada pasaría, que hay estaba papá y lo tomé fuerte en mis brazos para espantar sus miedos infantiles.

Han pasado los años y ha crecido, el tiempo lentamente me lo va arrebatando.

Cuando llegué a casa, el nombre de aquel presidente que había muerto accidentado en un avión, me daba vueltas, así que tuve que poner su nombre en el buscador de la red y me di cuenta que no había muerto en un siniestro. Murió en su finca el 9 de mayo de 1947 y fue el presidente número ochenta y cuatro de Colombia, gobernó 1926 a 1930.

Respiré profundo y dejé que el aire saliera sin afán alguno. Ya mucho he corrido y pienso… ¿quién me oirá a mí? Cuando mis cinco canas, convenzan al resto de cabello a rendirse ante el paso del tiempo, a trascender de negro a blanco; cuando el cabello níveo y cayado, narre un sinfín de historias.

¿Me oirán mis hijos? O solo harán como que me escuchan, navegando entre dos mares. A caso ¿tendré que arrojar mis tesoros al mar para que se pierdan en el abismo del olvido y nadie sepa valorar el consejo del paso de los años?

Pero creo que en un lugar allá arriba, de todos y cada uno de nosotros los temporarios humanos, se escribe con letras magistrales cada segundo, sin pasar por alto cada valioso momento. Se plasma en papel inmortal un libro con nuestros nombres de título y con la mejor de todas las portadas.

Bienvenida ancianidad ya no te tengo miedo, eres mi peldaño hacia lo eterno.